

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

# DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura de  
Grado de Doctor «Honoris Causa» de los Profesores

PAUL OURLIAC, TOULOUSE  
JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA, MADRID  
ERICH LETTERER, TÚBINGEN



PAMPLONA, 7 de octubre, 1972

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura de  
Grado de Doctor «Honoris Causa» de los Profesores

PAUL OURLIAC, TOULOUSE  
JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA, MADRID  
ERICH LETTERER, TÜBINGEN

PAMPLONA, 7 de octubre, 1972

UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

1844457x



*Palabras pronunciadas por el Padrino Dr. D. Jorge Carreras Llansana, Decano de la Facultad de Derecho, en elogio del Graduado Dr. D. Paul Ourliac*

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

La Facultad de Derecho solicitó de Vuestra Excelencia la incorporación al Claustro de la Universidad del profesor Paul Ourliac, y os agradece vivamente que hayáis accedido a conferirle el grado de Doctor *honoris causa*. Es para mí un señalado privilegio hacer la presentación del nuevo miembro de nuestro Claustro universitario, a sabiendas de que otros colegas desempeñarían este cometido con mayores merecimientos, y con una relación personal y científica con el profesor Ourliac, si no más intensa en el aprecio, sí más constante y anterior en el tiempo que la que me une a él. Pero siendo deseo unánime de todos los miembros de la Facultad el contar entre nosotros a tan insigne jurista e historiador, fue también deseo unánime de todos que fuese el Decano quien hiciera el elogio del nuevo Doctor.

El profesor Ourliac ha contraído grandes méritos en el terreno científico, y en su persona se han acumulado las distinciones y los honores: Caballero de la Legión de Honor, Oficial de la Orden Nacional del Mérito, Comendador de Educación Nacional, por sólo citar los recibidos en su propio país. Pero, por encima de tales honores y distinciones, su figura presenta una cualidad que suscita especialmente nuestro afecto y nuestra admiración: la de ser un universitario, enamorado de la Universidad. Nacido en 1911, alcanza a los veinte años los grados de licenciado en Derecho y en Historia. Doctor en Derecho en 1937, accede a la docencia en el mismo año, y es profesor de la Universidad de Toulouse, con la plenitud del grado desde 1940. Miembro del Comité Consultivo de las Universidades francesas, ningún problema universitario le es ajeno. Desde su Universidad irradia su magisterio a toda Francia, y mu-



chas Universidades de otros países, entre ellas la nuestra, reciben su colaboración y su consejo.

En esta época de crisis universitaria, ¿qué mejor cualidad puede aportarse a un Claustro que el amor a la Universidad y la fe en sus destinos?

Pero la profesión docente es tanto más auténtica y más fecundo el magisterio, cuanto más sólidamente anclados estén en la investigación científica. En su doble condición de jurista e historiador, el profesor Ourliac se ha revelado también como investigador serio en muy diversos campos, de los que cabe destacar especialmente tres: la historia del Derecho francés, la historia del Derecho canónico y la historia de la Iglesia.

Desde 1936, en que publica su trabajo sobre el Derecho privado de Avignon en los siglos XIV y XV, no pasa año en que no ofrezca a los estudiosos de estas diversas parcelas de la investigación histórica un nuevo fruto de su labor fecunda. Sería interminable reseñar aquí su obra, abundante en trabajos y estudios, y que culmina en el tratado de «Historia del Derecho privado», publicado con la colaboración del profesor Malafosse, cuyos tres volúmenes podemos conocer y admirar los españoles no sólo en su versión original francesa, sino además en la traducción castellana. Nadie puede dudar de la importancia y el mérito de una obra de tal índole, que si tiene gran interés para el historiador del Derecho, conviene también en gran medida al civilista. Una de sus últimas monografías supone excepcional aportación a la historia de la Iglesia en el siglo XV; se trata de la culminación de sus anteriores trabajos sobre la Iglesia en la época del Gran Cisma y sobre la historia del Derecho canónico en el siglo XV.

Su entrega a la investigación histórica no ha encerrado, empero, al profesor Ourliac en el estudio del pasado. Hombre de su tiempo, ha dedicado también sus afanes al presente, con la vista puesta en el porvenir. La cosa pública y las funciones políticas y administrativas tienen contraídas con él una deuda en su país. Así, asume en 1954 la dirección del Instituto de Estudios Políticos de Toulouse, y durante años es miembro de los jurados de admisión de la Escuela Nacional de Administración y del Centro Nacional de la Magis-

tratura franceses. No ha rehuído tampoco las responsabilidades que su país y su ciudad han descargado en él.

Su preocupación por las necesidades de la sociedad en que vive, le han llevado a preocuparse por los problemas agrícolas y el Derecho rural. No puedo sustraerme al recuerdo de su colaboración en los «Estudios de Derecho Civil en honor del profesor Castán», publicados por nuestra Facultad, en cuyo volumen IV aparece un trabajo del profesor Ourliac sobre «La Corte de casación y el Derecho rural», buena muestra de su calidad de jurista interesado en extraer de la jurisprudencia de la Corte de Casación, directrices que ayuden a superar la pugna entre el formalismo de unas normas jurídicas y las exigencias de la economía y de la necesidad de reforma de las estructuras sociales. Y al honrar con nosotros al Maestro Castán Tobeñas, estrechó aún más los lazos que le unían a la Facultad de Derecho que hoy le recibe.

Esta Facultad, desde sus primeros años de existencia, ha mantenido con su Facultad hermana de Toulouse una relación cordial de colaboración mutua; y el afecto y la simpatía del profesor Ourliac han sido uno de los pilares en que dicha colaboración se ha asentado.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, la hidalga acogida que se nos dispensó hace unos años en la Universidad de Toulouse a varios colegas de la nuestra, merced a la invitación que él nos dirigió? Al recordar aquellos días en que compartimos una misma tarea científica, es para mí un motivo de íntima satisfacción poder expresar, Excmo. y Rvdmo. Señor, la gratitud de la Facultad de Derecho por haber accedido a que se incorpore a nuestro Claustro el profesor Paul Ourliac como doctor *honoris causa*.



*Discurso del Dr. D. Paul Ourliac*

Monseigneur le Grand Chancelier,  
Messieurs les Membres du Conseil supérieur de l'Université  
Messeigneurs,  
Messieurs les Professeurs,  
Mesdames, Messieurs,

Je n'attendais pas le grand honneur qu'il a plu à Votre Excellence Révérendissime et au Conseil Supérieur académique de me faire. Je l'ai accepté avec joie, avec reconnaissance, mais aussi avec beaucoup de modestie.

Le premier doctorat que j'ai reçu, il y a quelque trente-cinq ans, j'avais conscience de l'avoir mérité par beaucoup de travail. Celui-ci, je ne le dois qu'à votre bienveillance. Aussi, je comprends mieux, en le recevant, l'exaltation des canonistes devant la dignité qu'il confère; je ne possède certes pas les cinq qualités qu'ils exigeaient des nouveaux docteurs: *peritia docendi, facundia dicendi, subtilitas interpretandi, morum excellentia, virtus fortitudinis*; mais, je crois posséder la sixième qualité doctorale, souveraine et maîtresse de toutes les autres: le respect de l'institution universitaire ou, pour mieux dire, l'amour de l'*alma mater*.

L'Université! Comment ne pas rappeler le merveilleux équilibre de la foi et de la raison qu'elle a imposé au XIIIe siècle, quand elle était la dépositaire de la culture occidentale. Comment ne pas dire ici que l'Université de Navarre, avec les adaptations que nécessite l'époque, a maintenu, approfondi, repensé, incarné dans notre temps le même merveilleux équilibre.



L'admiration que je porte à l'oeuvre poursuivie depuis vingt ans sera la meilleure expression de ma reconnaissance. Votre Université, Messieurs, m'a déjà accueilli plusieurs fois et, à chaque visite, j'ai découvert les progrès accomplis, dans la fidélité à l'inspiration initiale. Alors que l'on accuse trop volontiers l'école de se complaire dans l'abstraction, en négligeant l'homme et sa formation profonde, vous avez, dans vos activités et vos programmes, allié les sciences fondamentales aux connaissances les plus actuelles.

J'ai essayé, pour ma part, dans ma carrière universitaire de faire aller de pair l'une et l'autre préoccupation. J'ai consacré ma vie à l'histoire des institutions et du droit, avec une prédilection pour l'histoire de l'Eglise à la fin du moyen âge, pour le droit canonique et pour le droit du midi de la France — ce qui m'a donné la chance de connaître amicalement plusieurs des maîtres éminents de cette Université, l'abbé Orlandis, le professeur Alvaro d'Ors —; mais, à quoi servirait l'histoire, si elle ne nous permettait de comprendre et de préparer les changements nécessaires; et que seraient les sciences politiques et sociales, si elles renonçaient à toute dimension historique?

En cela, je suis resté fidèle à la tradition toulousaine et c'est à l'Université de Toulouse que vous me permettrez de rapporter la dignité que vous me conférez. Aux liens que les siècles ont tissés entre la Navarre et le Languedoc, vous en ajoutez un nouveau dont — *licet indignus* — je suis le bénéficiaire. Aux remerciements personnels que je vous ai exprimés, je dois ajouter l'hommage affectueux de l'Université de Toulouse et les vœux qu'elle forme pour sa soeur de Navarre.

*Palabras pronunciadas por el Padrino Dr. D. Francisco Iñiguez Almech, Profesor Ordinario de la Escuela Superior de Arquitectura, en elogio del Graduado Dr. D. Juan de Contreras y López de Ayala*

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Si fue considerada siempre como altísima honra la misión de presentar a un nuevo miembro en un Claustro Académico, el honor se acrecienta cuando, además de la gran admiración que todos sentimos hacia el Marqués de Lozoya, existen lazos de amistad y compañerismo bien probados en las tareas que juntos llevamos a cabo en años duros, cuando en nuestro campo del Patrimonio Artístico no existía nada, excepto ruinas y trastornos, y habíamos de improvisar todo.

Además el acto de hoy, no es tan sólo el homenaje rendido por nuestra Universidad a sus méritos, tan legítimamente alcanzados, sino el reconocimiento de una vida entera dedicada con singular empeño a los valores encarnados en nuestra Facultad más humanística; vida fecunda encauzada por diversos caminos y disciplinas varias, incluso dispares, pero siempre armoniosamente unidas por su vocación constante y la fidelidad caballerescas impuesta por su estirpe hidalga.

En este resumen, brevísimo por imperativos tradicionales, no queda soslayado el defecto de la mera enumeración de títulos, cargos y honores, pues tal serie habla por sí misma y dispensa de pormenores, acaso inútiles, por conocidos de todos.

Nace don Juan de Contreras y López de Ayala en Segovia el 30 de junio de 1892 y, luego de sus estudios de Leyes en Salamanca y de Letras en Madrid, se doctora en Madrid en ambas carreras, alcanzando poco después por oposición, el año 1923, la Cátedra de



Historia de España, con Historia del Arte como agregada, en la Universidad de Valencia, pasando por concurso a la de Historia del Arte Hispano-Americano, en 1947, de la Universidad Complutense, en la cual continuó hasta su jubilación, en 1963, con la interrupción de cinco años, 1952 a 1957, por su Dirección de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, y continuando su labor académica en nuestra Universidad, como Profesor de Historia del Arte, hasta 1967.

A estos 44 años de tareas docentes, gracias a Dios continuadas en vigor pleno, han de añadirse las tan diversas de dos elecciones ganadas como Diputado a Cortes por Segovia, en los azarosos años y legislaturas de 1933 y 1936; sus 11 años al frente de la Dirección General de Bellas Artes (1939 a 1951); la Presidencia del Instituto de España, con sus complementos de Procurador en Cortes y Consejero del Reino, de 1964 a 1972.

Es Miembro de número del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de las dos Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando (1940) y de la Historia (1941), Consejero del Patrimonio Nacional y Presidente del Patronato de los Museos, de Sorolla, del Pueblo Español y del Lázaro Galdiano, así como la entrañable para nosotros de los Amigos de la Universidad de Navarra; debiendo agregar más designaciones académicas análogas de Valencia, Barcelona, Nueva York, Berlín, París, Lisboa, Coimbra, etc. y siete Grandes Cruces y otras condecoraciones otorgadas por ocho países europeos y americanos.

Esta bien nutrida dispersión de reconocimientos oficiales responde a maravilla con su vocación a lo largo de muchos años mantenida, de conferenciante perpetuo en toda clase de lugares y para todos los oyentes, desde los lugares más humildes a los estrados de mayor empaque de media Europa y de América entera, en número tan incontable como lo es la variedad de los temas desarrollados.

Y también concuerda con su extensa producción literaria e histórica, destacada en cinco volúmenes de poesías y dos novelas (1913 a 1928), en la multitud de monografías, con títulos tan variados como los siguientes, elegidos como expresiva muestra: la casa segoviana (1926), la campaña de Navarra de 1793 a 1795 (1925), las vidas

de Angelina de Grecia (1913), y del segoviano (siempre Segovia) Rodrigo de Contreras (1920), el concepto romántico de la Historia (1930), la Teoría de las Artes Plásticas en el siglo XIX (1940) y la Introducción a la biografía del Canciller Ayala (1941); debiendo destacar la monumental Historia de España, comenzada en fascículos el año 1969 y más aún su obra magna, los cinco volúmenes de Historia del Arte Hispánico, editada entre los años 1931 y 1940. Serie de trabajos, honras y cargos ciertamente abrumadora, que sabe llevar airoosamente, con sincera humildad, señorío y gracia segovianos, aprendidos en la ciudad de sus amores.

Por todo ello y por su entrañable amor a nuestra Universidad, su entrada en el claustro de Filosofía y Letras será una continuidad más en su dilatada vida universitaria, que Dios mantendrá viva y fecunda.



*Discurso del Dr. D. Juan de Contreras  
y López de Ayala*

Excmo. y Rvdmo. Señor Gran Canciller de la Universidad de  
Navarra:  
Rector Magnífico e Ilustre Claustro Universitario:  
Señores y amigos todos:

Asusta la carrera vertiginosa de los años y, en nuestra senectud, nos asomamos a una fecha lejana con el terror de quien, desde la orilla, contempla el fondo de un abismo. En la segunda década del siglo actual leía yo mis tesis doctorales en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad Central, única que en aquel tiempo confería el grado de doctor. No guardo de ambas ceremonias el más leve recuerdo emocional. Eran los años de las universidades burocráticas, fábricas de licenciados y de doctores que se aprestaban a procurarse una solución que resolviese el problema de su vida. No esperaban, al que había cursado las asignaturas prescritas y había presentado su tesis doctoral —que solía ser un trabajo endeble, de circunstancias, redactado de prisa para cumplir un trámite— ceremonias que diesen alguna solemnidad a este momento culminante de su carrera. Ni la imposición de birrete, guantes y anillo, ni la aclamación estudiantil, ni los vítores pintados de rojo por los muros de su ciudad nativa. Era tan sólo una inserción en los registros de una oficina; un diploma ramplón que colgar sobre nuestra mesa de trabajo. Pero aquello que estuvo ausente en mi juventud me lo concede ahora vuestra generosidad y vuestro cariño. Es hoy, en mi vejez, en el aula magna de la Universidad de Navarra cuando, por primera vez en mi vida, me doy cuenta de lo que significa la dignidad de doctor, que supone el formar parte del elenco ilustre de los que han consagrado su vida



a aumentar en algo el acervo de la humana sapiencia y a elevar —en los libros, en la cátedra— el nivel de cultura de su patria y de su tiempo.

Por esto las palabras *Estoy emocionado*, que se reiteran en actos semejantes, tienen en este momento la exacta plenitud de su contenido. Y en la confusión que siempre abrumba a quien tiene conciencia cierta de la pobreza de sus méritos ante un honor desmesurado, he procurado buscar en mi vida alguna justificación que explique el generoso acuerdo del Gran Canciller y del Claustro Universitario. No encuentro esta justificación en mis trabajos publicados sobre Historia de España y sobre Historia del Arte que son, ciertamente, muy copiosos, pero de muy débil valor científico: obras de divulgación; de recopilación de lo que otros han investigado. Pero en un examen de conciencia, en un recorrido sobre la ya larga carrera de mi vida, encuentro algo que levanta un poco mi ánimo, que explica vuestro acuerdo sin disminuir cuanto hay en él de generoso y de excesivo: mi total, mi absoluta dedicación a la cátedra. En la primavera del año de 1923 tomaba posesión de la de Historia —a la cual se agregó luego la de Historia del Arte— en la Universidad de Valencia. Era aquello la ilusión suprema de mi vida, lograda tras de un esfuerzo agotador y me consagré con toda mi alma a la tarea de elevar el nivel cultural y humano de aquel tropel de muchachos que la Providencia me entregaba. No recuerdo —lo digo con orgullo— haber dejado de asistir a clase ni un solo día sin causa justificada; haber mermado apenas en pocos minutos el espacio destinado a ella ni de no haberme preparado lo mejor posible, dentro de la modestia de mis recursos. Y es que las horas de clase eran para mí las más gratas de la jornada, las esperadas con impaciencia. El trabajo «vocacional» es un gran don de Dios y mi deber coincidía exactamente con mi afán. Más de cuarenta años de absoluta compenetración con mis alumnos, sin haber tenido por parte de ellos el más leve disgusto ni la más pequeña desatención.

Por eso fue para mí un trance doloroso el de mi jubilación en el curso de 1962 a 1963. Es, sin duda, uno de los momentos más amargos de la vida de un profesional el de esa muerte civil que nos sobreviene cuando nos encontramos en plena capacidad de trabajo; cuando se cierran para nosotros las puertas del aula donde discurren muchos años de nuestra actividad cotidiana. La misericordia

de Dios me deparó, en esta pena, esa «consolación» que, según el lenguaje de nuestros místicos sigue a la desolada aridez. Este consuelo me fue posible gracias a esta querida Universidad de Navarra. Un buen día José María Albareda, mi admirado, mi amigo queridísimo, me llamó para rogarme que aceptase el honor de explicar en Pamplona Historia del Arte. Por espacio de algunos años pude todavía hablar cada mes de la disciplina que me es más grata a alumnos para cuya exquisita atención me parecen pocos todos los elogios. No tengo para cuantos conviven en este ambiente universitario, a la vez austero y alegre, sino motivos de gratitud. Todos: la Junta de Gobierno, mis compañeros de claustro, los alumnos de todas las Facultades, me colmaron de atenciones, de bondades, de cariño. Sosiego en mi ancianidad han sido estas jornadas pamplonesas de gratísimo reposo y de actividad tranquila. Plácidas lecturas; excursiones por esta bella y noble tierra de Navarra, a la cual estoy vinculado por la sangre; paseos por las riberas del Arga, entre el suave verdor de las primaveras o el esplendor dorado de los otoños.

Y a todos estos beneficios añadís ahora el honor supremo del Doctorado, conferido con el ceremonial de los tiempos más gloriosos de la Universidad Española. Alguien ha escrito que así como una afrenta despierta en nosotros una tentación de soberbia, un honor excesivo nos hace más humildes. Me siento incapaz de expresar la magnitud de mi reconocimiento y me doy cuenta con pena de la pobreza de las palabras con que quiero expresarlo. Pero, por fortuna para mí, todas las emociones de mi vida, desde mi infancia, se han traducido en una oración y la oración que en estos momentos brota de mi alma hacia el Señor de toda sabiduría; ante la Virgen, *Sedes Sapientiae*, es por la creciente prosperidad, por la eficacia de esta Universidad de Navarra y por que yo, en lo que me reste de vida, no sea del todo indigno del honor recibido ni del todo inútil en este concierto de hombres de alto saber y buena voluntad.

He dicho.



*Palabras pronunciadas por el Padrino Dr. D. Jesús Vázquez, Decano de la Facultad de Ciencias, en elogio del Graduado Dr. D. Erich Letterer*

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Al proponer al Prof. Letterer como Doctor *honoris causa* de la Facultad de Ciencias de nuestra Universidad, siento una sincera emoción, ya que tengo la suerte de presentar, a la vez, al maestro y al amigo. Su historial científico y universitario explica que se le reconozca universalmente como una de las figuras más destacadas en el momento actual de la disciplina que cultiva.

Nacido en la histórica ciudad de Nürnberg, recibió una buena formación humanística en los estudios de bachillerato, para seguir después conjuntamente los estudios básicos de Medicina y Ciencias Naturales en la Universidad de Friburgo de Brisgovia. El contacto con las disciplinas de Ciencias Naturales le procuró una amplia base científica que influiría después eficazmente en toda su obra, concebida con una profunda visión biológica. Terminó los estudios de Medicina en la Universidad de Würzburg, donde se doctoró bajo la dirección de M. B. Schmidt, patólogo de extraordinaria personalidad, digno sucesor de Virchow y v. Recklinghausen. En 1925 recibió la *Venia legendi* en Anatomía Patológica y Patología General, sobre la base de un trabajo de habilitación acerca de la amiloidosis, un campo que desde entonces siguió cultivando hasta convertirse en una primera autoridad mundial. Un año antes de la habilitación alcanzó fama universal al describir una nueva enfermedad, la reticulosis aleucémica, hoy conocida como enfermedad de Letterer-Siwe. En 1934 fue designado Director del Instituto de Patología del Hospital Friedrichstadt de Dresden y, cuatro años más tarde, recibió la llamada de la Universidad de Tubinga para ocupar la Cátedra de Anatomía Patológica, como profesor ordinario. Desempeñó este cargo durante treinta años, consiguiendo para la Patolo-



gía en Tubinga un alto prestigio en el mundo científico, hecho que, junto a la fidelidad a su Universidad, le llevó a rehusar atractivas llamadas de otras prestigiosas Universidades.

El rasgo más sobresaliente, que singulariza al Prof. Letterer entre los patólogos actuales, es su concepto de la Anatomía Patológica General, para la que busca una cimentación biológica profunda, y a la que considera como una síntesis, como la ciencia que surge de la abstracción efectuada a partir de reiteradas observaciones especiales, buscando precisamente la legitimidad de las generalizaciones en la suma de experiencias aisladas a partir de la Patología Especial. La esencia de su doctrina queda recogida en su libro «Grundlagen und Probleme der Allgemeinen Pathologie», que debe ser considerado como una obra maestra por la que el tiempo no pasará con facilidad, a la que habrán de acudir los patólogos con frecuencia para no verse rebasados por el pragmatismo diario y volver a sentir el sólido fundamento biológico en el que se enraiza la Anatomía Patológica General. A esa actitud de pensamiento le debe también la Patología el concepto de la «hística» como unidad morfológico-funcional, que ha esclarecido el concepto de la inflamación y ha permitido hacer una adecuada ordenación de los fenómenos inmunitarios e inmunopáticos en el campo de las reacciones ortológicas y patológicas, la consideración de la amiloidosis como una alteración celular en la formación de globulinas, hecho confirmado hoy desde la Bioquímica, las numerosas aportaciones en el campo de los trastornos metabólicos y tantas otras ideas básicas expresadas en su extensa producción científica, recogida en unas 400 publicaciones. Su concepto de los principios generales subyacentes en el fenómeno patológico encuentra especial expresión en su actividad como coeditor de la monumental obra «Handbuch der Allgemeinen Pathologie».

Toda esta ingente labor le ha merecido el doctorado «honoris causa» de la Universidad de Heidelberg, y el nombramiento como miembro de numerosas sociedades científicas entre las que destacan por su orientación biológica, las Academias de las Ciencias de Suiza y Heidelberg y la Academia Leopoldina de Naturalistas y Médicos de Halle.

Después de esta fecunda labor, ya emérito en Alemania, recibió una llamada de la Universidad de Navarra. Con la alegría de quien

comienza una nueva etapa, se trasladó a Pamplona a vivir una segunda vida universitaria. Desde 1965 a 1971 puso en marcha el Departamento de Inmunología y Patología Experimental y durante estos seis años hemos tenido la suerte de establecer con él una estrechísima colaboración. Su estancia en Pamplona ha supuesto un ejemplo continuo de entusiasmo, laboriosidad, responsabilidad y objetividad, ejemplo como el que sólo saben dar los grandes maestros.

El nombramiento del Prof. Letterer como Doctor *honoris causa* es motivo de especial satisfacción para la Facultad de Ciencias. Su Claustro, a quien me cabe el honor de representar, reconoce en él al científico que ha sabido apoyar su investigación médica en sólidas bases biológicas, actitud ésta que el tiempo ha confirmado como una de las orientaciones más fecundas para el desarrollo, no sólo de la Medicina, sino de las propias Ciencias Biológicas.



*Discurso del Dr. D. Erich Letterer*

Exzellenz, Herr Grosskanzler, Magnifizienz, Spektabilitäten,  
hochgeehrte Kollegen des Claustrums, liebe Freunde, meine  
Damen und Herren!

Die Universität Pamplona hat beschlossen, mir auf Vorschlag  
der Medizinischen und Naturwissenschaftlichen Fakultät den  
doctor honoris causa zu verleihen. Sie, Herr Grosskanzler, haben  
diesen Vorschlag ratifiziert, und man hat mich heute zu dieser  
feierlichen Stunde nach Pamplona zur Inauguration des Titels ge-  
beten.

Im Bewusstsein, dass Sie, meine Herren Kollegen des Claustro  
universitario Pamplonense, mir damit die grösste Ehre erweisen,  
welche eine Universität zu vergeben hat, spreche ich Ihnen meinen  
von Herzen kommenden Dank aus. Ich erkenne hierin Ihre hohe  
Anerkennung für meine vergleichsweise geringen Bemühungen um  
die Arbeiten in dem für mich eingerichteten Departamento de In-  
munología y Patología Experimental mit dem Ziel, der morpho-  
logischen Immunologie eine Werkstätte zu errichten. Für ein sol-  
ches Unternehmen war der Boden in Pamplona, in einer Zeit, in  
der in Europa eben die ersten Anfänge einer Immunologie als  
Wissenschaft zu keimen begannen, als besonders fruchtbar zu be-  
trachten. War doch die Universität Pamplona und ihre Medizini-  
sche Fakultät die einzige, die schon bei ihrer Gründung für Kran-  
kheiten auf der Basis einer Allergie eine besondere Klinik einzu-  
richten beschlossen hatte. Es ist das Verdienst des jetzigen und  
damaligen Dekans, Dr. Eduardo Ortiz de Landázuri. Aus dem Kreise  
des verewigten D. Carlos Jiménez Díaz kommend, verwirklichte er  
dessen Ideen einer allergologischen Klinik, indem er den rechten



Man an der rechten Stelle in Deutschland, bei Prof. Karl Hansen, ausbilden liess und ihm die Leitung dieser Klinik übertrug. Es ist aber auch kein Zufall, dass der Kontakt mit meinem Kollegen, Dr. Alberto Oehling, mitbestimmend war, mich den Weg nach Pamplona finden zu lassen.

So zogen wir also, meine Frau und ich, im März 1965 im Kraftwagen bei Roncesvalles über die Pyrenäen nach Pamplona, um an Ort und Stelle das uns gemachte grosszügige Angebot in Augenschein zu nehmen. Wir fanden eine neuerbaute prächtige Universität und eine Stadt mit ihrer imposanten historischen Silhouette als Hintergrund eines pulsierenden, aktuellen Lebens. Am 1. April 1965 nahm ich den Ruf nach Pamplona an, und wir begannen im Oktober, vor nunmehr 7 Jahren, nach Abschluss unserer Universitätszeit in Deutschland, ein zweites Leben für die Universität.

Geboren aus dem Geist des Opus Dei kam uns hier Freundschaft und bereitwillige Hilfe im persönlichen und beruflichen Leben entgegen. Wir wurden Zeugen eines fast rasanten Auf- und Ausbaues dieser Universität, welche in dieser kurzen Zeitspanne Erstaunliches geleistet hat. Wir selbst durften uns der, wo die Hilfe der Fakultät materiell naturgemäss nicht ausreichen konnte, ein so neues und modernes Fach wie die Immunologie zu entwickeln, der Hilfe der Deutschen Forschungsgemeinschaft und privater Spender und Freunde erfreuen, und so entfaltete sich ein reges hispano-germanisches Leben zwischen unserer deutschen Gruppe und den spanischen Kollegen und Hilfskräften.

Der Dank, meine spanische Kollegen, liegt auf unserer Seite, und wenn Sie heute meine Tätigkeit in Pamplona mit der hohen Ehre eines doctor ciencias h. c. würdigen, so darf ich antworten, wir haben nur unsere Pflicht getan. Bei dieser Ehrung ist es mir eine besondere Genugtuung, dass die Facultad de Ciencias mir diesen Titel verleiht. Hierauf bin ich besonders stolz, denn wenn in der experimentell forschenden Medizin heute alle Zweige der Naturwissenschaft die grosse und mitbestimmende Rolle spielen, so gilt dies ganz besonders auch für die Immunologie, der wir uns hier widmen konnten und die wir ohne Zwang als Naturwissenschaft, d. h. als Biologie, ansehen können, einschliesslich der sogenannten Allergie, die ja auch ein Immunphänomen ist.

Meine vor vielen Jahren von den Fachkollegen nur zögernd angenommene These, dass Allergie in den Kreis der Immunophänomene gehört, hat sich vollauf bestätigt. Mich und meine Mitarbeiter ehrt daher der mir von der Fakultät de Ciencias verliehene Titel in besonderem Masse, und ich nehme ihn mit Dank entgegen.

Meine Damen und Herren! Gestatten Sie mir, dass ich in dieser feierlichen Runde noch ein Wort dem Gedächtnis meiner Frau widme. Sie hat für meine Arbeit in Pamplona manches Opfer gebracht und ihr Wesen und ihre aktivierende Gegenwart haben mitgeholfen mit Erfolg hier das zu tun, was wir geleistet haben. Sie wusste um die beabsichtigte Ehrung und erwartete mit tiefer Freude für mich den Tag der Realisation derselben; aber nach Gottes Ratschluss sollte sie ihn nicht mehr erleben. Sie betrachtete mit mir den Schritt nach Pamplona als eine nochmals neue Stufe unseres Lebens, als nochmals neuen Anfang.

Zu solchen «Stufen» hat Hermann Hesse einmal Verszeilen geschrieben, mit denen zu schliessen mir deshalb ein Bedürfnis ist, weil meine Frau sie mir eines Abends als Gruss zur «Guten Nacht» auf den Arbeitstisch gelegt hatte:

Wie jede Blüte welkt und jede Jugend  
dem Alter weicht, blüht jede Lebensstufe  
blüht jede Weisheit auch und jede Tugend  
Zu ihrer Zeit und darf nicht ewig dauern.  
Es muss das Herz bei jedem Lebensrufe  
bereit zum Abschied sein und Neubeginne;  
Uh sich in Tapferkeit und ohne Trauern  
In andere, neue Bindungen zu geben.  
Und jedem Anfang wohnt ein Zauber inne,  
der uns beschützt und der uns hilft zu leben.



*Discurso del Gran Canciller, Excmo. y Rvdmo.  
Mons. D. Josemaría Escrivá de Balaguer*

Excelentísimos Señores,  
Dignísimas Autoridades,  
Ilustre Claustro de esta Universidad,  
Señoras y Señores:

Al comenzar un nuevo curso en la vida de esta Universidad, el colorido de las vestiduras académicas ennoblece su marco, solemne y engalanado para recibir en el Claustro de Doctores a tres Maestros de las Artes, de las Leyes y de la Medicina.

Como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, al otorgaros este galardón, quiero manifestaros, ante todo, mi agradecimiento por la colaboración que, con vuestro trabajo, venís prestando a esta Universidad.

Cuando el ánimo fatigado de tantos protagonistas de la tarea universitaria trasluce hoy los desasosiegos de una hora de cambios profundos, es una invitación a la esperanza contemplar la vida de los tres nuevos Doctores: sus años de servicio generoso a la Universidad; su grandeza de ánimo para afrontar problemas arduos; su trabajo constante, con altura, sin desmayos ni rutina; su solicitud en la formación de tantos discípulos, en los que han sabido despertar la conciencia de la nobleza de la vocación universitaria, como instrumento de progreso espiritual, científico, cultural y civil.

Soy sacerdote de Jesucristo y contemplo con alegría los avances grandiosos de la sabiduría humana. El Señor otorgó al hombre, como prueba de su amor de predilección, el privilegio de ese



chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen —si son verdaderamente científicas— a acercarnos al Creador.

Las ciencias humanas, desarrolladas con principios y métodos propios, avaloradas con el contraste de la Revelación sobrenatural, contribuyen a resolver de modo adecuado los problemas humanos, espirituales y temporales, de todo tiempo y lugar.

La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones.

Los nuevos Doctores son Maestros en saberes enraizados en el venero más profundo del patrimonio cultural clásico, en disciplinas cultivadas en las Universidades casi desde su mismo origen, y especialmente necesarias a los hombres de nuestro tiempo.

La Medicina alivia los sufrimientos del cuerpo y el dolor del alma, inseparables de nuestra condición humana, y facilita ese derecho del hombre a no estar sólo en la hora difícil de la enfermedad y el desconsuelo.

El Derecho ordena según justicia la convivencia de los hombres y de los pueblos, y garantiza contra los abusos y tiranías de quienes querrían vivir o gobernar a tenor de su propio arbitrio o de su fuerza prepotente.

Las Artes estimulan la contemplación de la belleza, y ayudan a sobrellevar el peso de un trabajo que, por tantas circunstancias, hoy es más fácil que agote y rinda los espíritus.

El Profesor Erich Letterer alcanzó muy joven renombre universal por sus investigaciones médicas, publicadas en centenares de trabajos y desarrolladas por un extraordinario número de discípulos y colaboradores. Frente a la fragmentación de la ciencia contemporánea, el Profesor Letterer ha sabido inscribir en una síntesis global los hallazgos pacientes de sus investigaciones especializadas y minuciosas. Y, en 1964, quiso poner todo su saber y prestigio científico al servicio de esta Universidad. Desde entonces y hasta 1971, como Profesor ordinario de Patología General y Director del Departamento de Inmunología de nuestra Facultad de Medicina, ha realizado una inolvidable labor como científico y como maestro. La Universidad de Navarra sabe bien cuánto debe al Profesor Erich Letterer al recibirle hoy en el Claustro de Doctores de su Facultad de Ciencias.

En el Profesor Paul Ourliac se integra el estudio del Derecho y el de la Historia, en sus ya largos años de dedicación a la docencia en Montpellier y Toulouse. Mérito suyo es la permanente contribución a un mejor conocimiento de las instituciones históricas del Derecho francés, y de las vicisitudes de la Iglesia y del Derecho canónico en el siglo xv, época de contrastes violentos y perfiles difíciles. Sus estudios sobre el Derecho en el Medioevo de la Francia meridional —publicados algunos en España— muestran hasta qué punto es solidario el patrimonio cultural y jurídico de los países del Occidente europeo. Su labor directiva en el Instituto de Estudios Políticos de Toulouse atestigua cómo el conocimiento profundo de la Historia enriquece todo esbozo de solución de los nuevos problemas sociales. Al incorporarle a nuestro Claustro de Doctores correspondemos también, en justicia, a su colaboración esforzada y leal con la Universidad de Navarra.

Y esta Universidad no puede dejar de agradecer la aportación de la fecunda madurez del Marqués de Lozoya: después de muchos años de docencia, vino a enseñar a Pamplona con alma joven, con la amplitud asombrosa de su ciencia y, sobre todo, con la inimitable sencillez de su temple humano. Poeta delicado, escritor brillante, hombre de bien, don Juan de Contreras y López de Ayala ocupa un lugar de relieve entre los enamorados y los historiadores del Arte español. Al cariño auténtico de sus innumerables discípulos —dentro y fuera de las aulas— se une hoy la gratitud de la



Universidad de Navarra, cuya Asociación de Amigos ha aceptado presidir desde 1971.

En los méritos de estos ilustres Maestros, reconocemos un capítulo del dilatado esfuerzo de la inteligencia humana por salir de las oscuridades de la ignorancia y del error, y por liberarse de la miseria y de la angustia. Su ejemplo es un renovado estímulo que nos impulsa a seguir andando el largo camino del progreso.

Los corazones generosos, mientras jalonan el apasionante y difícil panorama del trabajo universitario con su abnegación, con su espíritu de servicio y con su ilusión humana, repetirán con alegría aquellas palabras de la Escritura:

*¿No está ahí, clamando, la sabiduría y dando gritos la inteligencia? Se para en los altos cabezos, junto a los caminos, en los cruces de las veredas; da voces en las puertas, en las entradas de la ciudad, en los umbrales de las casas (Prov. VIII, 1-3).*

Cuando lo invocamos con fortaleza, el Señor da claridad a nuestra mente y afianza nuestra fe. *In quacumque die invocavero te, exaudi me (Ps. CXXXVII, 3)*. El Señor nos escucha siempre que acudimos a su amor y a su poder. Hoy nos dirigimos de nuevo a El, serenos, confiados, en petición humilde de la luz de su Sabiduría, que ilumine las inteligencias y los corazones en nuestro laborar incierto por el progreso de la ciencia y de la cultura, por la promoción de todos los hombres, por la pedagogía de la fe cristiana.